

antesydespuésdelHubble



Tres poemas

Nadia Escalante Andrade

Puerto nuevo

Comimos langosta,
de espaldas al mar,
sobre un tapanco.

(Yo no conocía aquel sitio
ni había comido langosta).

Éramos los únicos comensales.
Los músicos para turistas se ofrecían.
No quisimos.
Tú no parabas de hablar.

Dividimos la langosta
—una mitad para cada uno—
y las tortillas de harina
de las que no hacen en el sur.

(Yo nunca había comido esas tortillas).

Bajamos a la playa;
la brisa acariciaba una herida fresca.

Tirados frente al mar y con los codos en la arena,
nos dividimos la brisa
y la música para turistas a lo lejos;
también dividimos
una separación que se acercaba
—una mitad para cada uno—
y el sonido de las olas
para no tener que hablar.

La cómoda

La compraron juntos:
una cómoda blanca.
“Quedaría muy bien en nuestro cuarto”,
y quedó muy bien junto a la puerta;
la llenaron poco a poco,
alegres y automáticos,
de objetos, instantes
y promesas en desorden.

Abrían y cerraban sus cajones
—inauguración, decían,
y clausura de un espacio sólo suyo—
con un ritmo más resuelto cada día;
a veces no podían cerrarla del todo
porque algo lo evitaba:
un cinturón, una avidez intempestiva;
un calcetín, una mirada a punto
bajo jeans y camisetas bien planchados;
un impulso,
una blusa roja
aplastada en la madera.
La siguieron llenando
hasta quedarse vacíos.
A veces le pedían
esas prendas tan parecidas a ellos
y dejaban a cambio
la posibilidad de ser más que la apariencia.

El tiempo la cubría
de una piel más gruesa.
Dejaron las huellas dactilares,
los nudillos y la fuerza de las manos:
la madera más se reseca
bajo franelas y pulidores.

Los primores de su tallado,
sus manijas firmes y amables
se volvían más fríos;
no podía abrirse como antes.
Su interior se fue impregnando
de un contagio oscuro, desmedido
en aislamiento de organismo en su miseria
consumiéndose.
Y los dos frente a ella,
vestidos del olor de la madera cada noche,
cada mañana, cada tarde,
lentamente,
el otro frente al uno
ya no fue el otro ni el uno:
dos muebles impenetrables,
oscurecieron
consumiendo
aquello que habían depositado
cada uno
en el otro.

Paseo

Sentada frente a ti,
envidio la luz detrás de la cortina;
hablas de mí
como si yo no estuviera.

Tu voz revuelve los muebles,
los peces beta sobre la mesita esquinada
y la colección de separadores
adentro de los muy ordenados libros.
Un aire húmedo, mal barrido bajo los sillones,
sale en marea alta.

Los pies entumidos son un síntoma:
persuasión de resbalar me hacia otro tiempo,
caminar lejos mientras la tarde
resbala también tras de tu espalda.

Hablas para girar la llave de las puertas,
asegurar las cerraduras y ventanas
mientras camino ya sobre la arena
frente a los últimos rayos del sol.

Presurosos con la brisa,
transcurren los paseantes
como los créditos de una película.
Un niño se detiene y me sonrío.
Sabe que estoy allí
y en camino hacia la orilla del mar.

También el mar me sabe allí,
enfrente. Con las manos listas para las piedras.
Sabe que espero el momento preciso
en que acepte los rebotes
de la piedra antes de hundirse.

Y con premura regreso
antes que anochezca y te des cuenta
que no te escucho,
que en realidad no estoy frente a ti mientras te miro
como al mar en el momento preciso
en que acepta los rebotes
de la piedra antes de hundirse. 